

LIEBER GEIST

IRENE CRUZ

Dicen que es imposible amar sin sentir nostalgia, la adicción de desear, de ver*1, que nadie puede realmente anhelar lo que ya tiene. Si bien es cierto que el amor nos une al otro, más lo es que perdura siempre y cuando sintamos que no hemos alcanzado su cima. El amor entonces se vuelve la imagen de la ausencia, la presencia de un fantasma que nos acompaña.

Dicen que los fantasmas existen y permanecen porque aún tienen sus heridas abiertas, y por eso no pueden descansar, ay, almas en pena. Los espíritus habitan en el plano liminal, entre lo vivo y lo muerto, entre lo que existe y lo que ya no, entre el miedo y la tranquilidad de lo cotidiano, entre la posibilidad y la nada.

La idea de "alma", de "fantasma", ha existido siempre en todas las culturas, religiones y mitologías como ecos ectoplásmicos de los vivos. Me ha interesado especialmente una teoría centroafricana – bastante desconocida- que distingue a los "Sasha" de los "Zamani"; Para ellos existen tres tipos de personas: los vivos, los muertos (*Zamani*), y los que ya no están (*Sasha*). Estos últimos no conservan su vida biológica, pero siguen existiendo de alguna manera, dentro de alguien que ha convivido con esa persona; es decir, un alma no muere del todo, si ha tenido contacto con otro que aún vive, y que le recuerda, porque su energía se encuentra dentro de su ser. *Zamani*, en cambio, se denominan aquellos con los que ya nadie tiene la experiencia de haber convivido. No son etapas de la muerte. Son las dos etapas ontológicas (o dimensiones) de la historia de la cultura *Swahili*.

El origen de este trabajo radica en querer aprender a convivir con el desconsuelo del abandono. En este bosque, quiero detener el recuerdo de aquello que se pierde. La fotografía, en este sentido, no me une al mundo sino que me aísla, me revela mi dolor, la desolación y la tristeza melancólica desde donde nace de nuevo el mayor y más bello deseo de revivir toda aquella felicidad pasada. La evocación del fantasma se encuentra en lo insible, pues ni la neblina azul, ni la voz del invierno perduran. Por tal motivo, sólo me queda la añoranza como una posibilidad de encuentro.

Amo su fugacidad tanto como amo mi hora azul, esa disipación del día en noche, de su recuerdo en el tiempo que, sin embargo, nunca se convierte en el completo vacío, pues apenas está a punto de desaparecer y nuevamente se muestra pero de forma inalcanzable, en un continuo e incesante fluir.

Los cuerpos se funden como el fantasma que vive dentro de uno mismo, cuando se ama al que se fue, al que ya no está. La idea del movimiento me lleva a pensar en aquello que trascurre, pero no se trata del movimiento pensado, fijo en su objetivo, sino del movimiento sin rumbo, creando, de esta manera, cierto sentimiento de angustia y de intensa atracción hacia el ser que se nos escapa.

El bosque, cubierto de hojas emancipadas del árbol el pasado otoño; la tierra, cubierta de una saturación de ausencia que ahora sienten las ramas desnudas de donde han caído, dejándolas con la esperanza de que vuelvan a crecer en los primeros instantes de la primavera.

La penúltima fotografía del baile en armonía, como una síntesis perfecta, muestra la reunión de la presencia y la ausencia, de lo tangible y lo intangible, de lo cercano y lo distante. El ser humano desea desde lo más profundo de su ser, ese alimento inasible, que desde la muerte de los sentidos lo hace vivir eternamente. Lo temporal que denotan las imágenes está en función de la ausencia, ésta nos hace vivir el amor como una espera, como un deseo de que llegue lo perdido y nos ubique en este mundo.

Lo perdurable y que verdaderamente amamos es la ausencia presente, aquellas cosas que jamás tuvimos y que por ello mismo se han quedado en nosotros. A fin de cuentas, el amor es y siempre ha sido, sin cesar, ein lieber Geist.*2

Irene Cruz (Abril 2016)

*1 del alemán "Sehnsucht" derivado a "Sehensucht" nostalgia, literalmente, la adicción a desear, a ver.

*2 un querido fantasma.

Anexo:

Lieber Geist,

Cuando el atardecer azul lo inunda todo de nostalgia, en esta hora en que todo está aguardando para comenzar de nuevo, yo ya estoy dándole vueltas a la deriva de mi mundo. Duele lo que fue pasado, puerta herida de luz que no cicatriza, el lamento de un fantasma que nunca se va.

Es preciso moverse con demasiado sigilo si no quiero despertar tu presencia ausente, circundante e inaprensible. La vida se obstina en seguir avanzando, cuando para mí, todo se ha detenido de forma abrupta. Este mundo es implacable, fluye deprisa y sin aliento me obliga a seguir respirando y latiendo aún mientras añoro lo que fue hogar.